

RAMIRO TAPIA PINTOR DE CIENCIA FICCIÓN

Tapia trabaja con minuciosidad, cuidando el detalle, aprovechando para el cuadro definitivo lo que realmente le parece válido. A veces toma apuntes rápidos de formas que le surgen, que le nacen con brío. Los cuadros están compuestos luego de las formas que han resistido su autocrítica posterior, sedimentada, relajada por el tiempo. No existen improvisaciones ni urgencias en la obra de este pintor nacido en Santander y alimentado imaginativamente en los campos que lindan con Salamanca y Cáceres. Tapia estudió arquitectura, pero dejó la carrera a tiempo porque no le llenaba su aprendida carga de expresión. El necesitaba una total libertad de formas, una libertad sin reglas heredadas, una libertad sin orden más o menos impuesto.

Una mente libre, ensanchada desde la infancia por los cuentos mágicos, que llegó a crear su propio mundo poblado de seres irreales. La imaginación de Ramiro Tapia estaba desde niño ramificando mitos, familiarizada con los seres del bosque, habituada al trato cordial con las brujas. Su vida en el campo es la que le ha dejado huella firme en su fantasía que no se detiene ante nada, de su fantasía que bulle y se alarga como un animal poderoso.

Creo que Ramiro Tapia ha entrado en una nueva fase de madurez pictórica. Sus últimos cuadros poseen una rara seguridad, una evidente serenidad, hay símbolos de la tierra, del mar y de los espacios que le navegan en la imaginación. Hay también historias naturales y sobrenaturales de las que le van creciendo en su cerebro, de las que van cubriendo la mirada como si fuera una hiedra espesa y obstinadamente opresora.

Pintor de mundos posibles e imposibles, si Ramiro Tapia hubiera sido escritor, nos dejaría páginas y páginas de una ciencia-ficción personal, con raíz propia, alzada desde su imaginación, sin más controles que los de una cierta sabiduría científica.